



CANTO XXVIII

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retíranse alegres; aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir mas recatado,
Que siempre es peligrosa la caída
Del que está del peligro descuidado;
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga;
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga,
Roguemos que no venga, y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere.

Que yo de acuchillado en esto siento
Que es de temer en parte la ventura:
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura;
Y porque viene bien á nuestro cuento,
A la bárbara oid, que en la espesura
Alcancé como dije, que en su traje
Mostraba ser persona de linaje.

Era muchacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos estremados,
Nariz perfecta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando mas su hermosura
Un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con mas seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza,
La aseguré del miedo que traia,
La cual dando un suspiro, que á terneza
Al mas rebelde corazón moviera,
Comenzó su razón de tal manera:

«No sé si ya me queje desdichada,
O agradezca á los hados ya mi suerte,
Que me abren puerta y que me dan entrada
Para que pueda recibir la muerte;
Pero si ya la historia desastrada
Quieres saber y mi dolor tan fuerte,
Que aun le agravia mi poco sentimiento,
Te ruego que al proceso estés atento.

»Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
Hija del buen cacique Quilacura,
De la sangre de Friso esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura,
Respetada de muchos y servida
Por mi linaje y vana hermosura;
Mas ¡ay de mí! ¡cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera!

»En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponía:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecía,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

»Mas presto el invidioso amor tirano
Turbador del sosiego, adredemente
Trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente,
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho mas amigo que pariente,
A quien la voluntad tenia rendida
No habiendo entre los dos cosa partida.

»Mi padre, como amigo aficionado,
Que yo le regalase me mandaba,
Y así yo con llaneza y gran cuidado,
Por hacerle placer lo procuraba;
Mas él luego el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

»O fué el trato que tuvo allí conmigo,
O por mejor decir mi desventura,
Que esta seria mas cierto, como digo,
Que no la mal juzgada hermosura:
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del dendo y denda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dár á su cuidado algun remedio.

»Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conoci que su intento y mal deseo
De los honestos límites salía;
Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
Lo que el misero entonces padecia,
Que á término he llegado al pié del palo,
Que aun no puedo decir mal de lo malo.

»Hallábale mil veces suspirando,
En mí los engañados ojos puestos,
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos:
Yo la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos
(Que es lo que mas refrena la osadía)
Sus erradas quimeras deshacia.

»Estando sola en mi aposento un dia
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponía,
Con grande turbacion y desatiento,
Diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mia!
Ya no basta razon ni sufrimiento,
Ni de fuerza una minima me queda,
Que á la del fuerte amor resistir pueda

»Tú, señora, sabrás que el dia primero
De mi felice y próspera venida
Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida;
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida;
Porque siéndolo tú, no siento cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.»

»Viéndole al parecer determinado
A cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salí dél sin mostrar algun recato,
Diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
Incestuoso, desleal, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada
Y ley de parentesco conservada!

»Iba estas y otras cosas yo diciendo,
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba:
Que en cerrado tropel arremetiendo
Nuestra alta casa en torno rodeaba,
Saltando Fresolano en mi presencia
A la debida y justa resistencia,

»Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida
Inhumana y crüel con los humanos!
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
No dejes qué hacer á los cristianos:
Vuelve, verás que acabo aquí la vida,
Pues no puedo á las tuyas, á sus manos:
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
A lo menos será la mas piadosa.»

»Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atravesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó ya la color y voz turbada,
Diciendo: «¡Glaura, Glaura, últimamente
Recibe allá mi espíritu cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado.»

»Llegó mi padre en esto al gran ruido,
Solo armado de esfuerzo y confianza;
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido,
Y vista mi fortuna y mal andanza
Por el postigo de una falsa puerta
Salí á mi parecer mas que ellos muerta.

»Acá y allá turbada al fin por una
Montaña comencé luego á emboscarme
Dejándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme:
Así que, ya sin tino y senda alguna
Procuraba cuitada de alejarme,
Que con el gran temor me parecia
Que yendo á mas correr no me movia.

»Mas como suele acontecer contino,
Que huyendo el peligro y mal presente
Se suele ir á parar en un camino
Que nos coge y anega la creciente:
Así á mí desdichada, pues me avino,
Que por salvar la vida impertinente,
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

»Iba pues siempre misera corriendo
Por espinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, acá y allá volviendo
A cada paso los atentos ojos;
Cuando por unos árboles saliendo
Vi dos negos cargados de despojos,
Que luego en el instante que me vieron
A la misera presa arremetieron.

»Fuí dellos prestamente despojada
De todo cuanto allí venia vestida,
Aunque yo triste no estimaba en nada
El perder los vestidos y la vida:
Pero el honor y castidad preciada
Estuvo á punto ya de ser perdida;
Mas mis voces y quejas fueron tantas,
Que á lástima y piedad movia las plantas.

»Usó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á Cariolán á mis clamores,
Que, visto el acto inorme y la insolencia
De aquellos enemigos violadores,
Corrió con provechosa diligencia
Diciendo: ¡Perros, bárbaros, traidores!
Dejad, dejad al punto la doncella,
Si no, la vida dejareis con ella.

»Fueron sobre él los dos incontinente,
Mas él flechando el arco que traía,
Al mas adelantado y diligente
La flecha hasta las plumas le escondía:
Hízose atrás dos pasos diestramente,
Y al otro la segunda flecha envía
Con brújula tan cierta y diestro tino,
Que al bruto corazón halló el camino.

»Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioso y emperrado;
Mas Cariolán valiente y prevenido,
En la arte de la lucha ejercitado,
Aunque el negro era grande y muy fornido
De su destreza y fuerzas ayudado,
Alzándole de brazos acia el cielo
Le trabucó de espaldas en el suelo.

»Y sacando una daga acicalada,
Queriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la ijada
Tres veces la metió y sacó sangrienta:
Huyó por allí la alma acelerada,
Y libre Cariolán de aquella afrenta
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.

»Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo así el oficio,
Que medrosa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar al fin murmuraciones
Y no mostrarme ingrata al beneficio
En tal sazon y tiempo recibido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.

»Y temiendo que gente acudiría,
Por el espeso monte nos metimos,
Donde sin rastro ni señal de vía
Un gran rato perdidos anduvimos;
Pero, señor, al declinar del día
A la ribera de Lauquén salimos,
Por do venia una escuadra de cristianos
Con diez indios atrás presas las manos.

»Descubriéronnos súbito en saliendo,
Que en todo al fin nos perseguía la suerte,
Sobre nosotros de tropel corriendo,
Aguarda, guarda, ten, gritando fuerte;
Pero mi nuevo esposo allí temiendo
Mucho mas mi deshonor que su muerte,
Me rogó que en el bosque me escondiese
Mientras que él con morir los detuviese.

»Luego el temor, á trastornar bastante
Una flaca mujer inadvertida,
Me persuadió poniéndome delante
La honrada muerte y la estimada vida:
Así cobarde, tímida, inconstante
A los primeros impetus reñida
Me entré viéndolos cerca á toda priesa
Por lo más agrio de la senda espesa.

»Y en lo hueco de un tronco que tejido
De zarzas y maleza en torno estaba,
Me escondí sin aliento ni sentido,
Que aun apenas de miedo resollaba:
De donde escuché luego un gran ruido
Que el bosque cerca y lejos atronaba,
De espadas, lanzas y tropel de gente
Como que combatian fuertemente.

»Fué poco á poco al parecer cesando
Aquel rumor y grita que se oía,
Cuando la obligacion ya calentando
La sangre que el temor helado habia,
Revolví sobre mí, considerando
La maldad y traicion que cometía
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

»Sali de aquel lugar, que á Dios pluguiera
Que en él quedara viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dejé desatinada;
Mas cuando no vi rastro, ni manera
De le poder hallar, sola y cuitada,
Podrás ver qué sentí, pues era cierto
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

»Solté ya sin temor la voz en vano:
Llamando al sordo cielo injusto y crudo,
Preguntaba: ¿Dó está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudó;
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salía corriendo, que el dolor agudo
En mis estrañas siempre mas furioso
No me daba momento de reposo.

»No te quiero cansar ni lastimarme
En decirte las bascas que sentía;
No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
Frenética y furiosa discurría:
Muchas veces propuse de matarme;
Mas por torpeza y gran maldad tenía
Que aquel dolor en mí tan poco obrase
Que á quitarme la vida no bastase.

»En tanta pena y confusion envuelta
De contrarios y dudas combatida,
Al cabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Acia el campo español he dado vuelta
De noche, y desde lejos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

»Y teniendo noticia que esta gente
Era la vuelta de Cautén pasada,
También que habia de ser forzosamente
Por este paso estrecho la tornada,
Quise venir en traje diferente,
Pensando que entre tantos disfrazada
Alguna nueva ó rastro hallaría
Deste que la fortuna me desvía.

»¿Qué remedio me queda ya cautiva,
Sujeta al mando y voluntad ajena?
Que para que mayor pena reciba
Aun la muerte no viene porque es buena;
Pero aunque el cielo cruel quiera que viva,
Al fin me ha de acabar ya tanta pena,
Bien que el estado en que me toma es fuerte;
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella joven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada
Que estaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una súbita algarada
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo indios así, que parecían
Que de las yerbas bárbaros nacían.

Llegó al instante un yanacona mio
Ganado no habia un mes en buena guerra,
Diciéndome: «Señor, échate al rio,
Que yo te salvaré, que sé la tierra:
Que pensar resistir es desvario
A la gente que cala de la sierra;
Bien puedes, ó señor, de mí fiarte,
Que me verás morir por escaparte.»

Yo que al mancebo el rostro revolvía
A agradecer la oferta y buen deseo,
Vi á Glaura que sin tiento arremetía
Diciendo: «¡Oh justo Dios! ¿Qué es lo que veo
¿Eres mi dulce esposo? ¡ay vida mia!
En mis brazos te tengo y no lo creo.
¿Qué es esto? ¿estoy soñando, ó estoy despierta?
¡Ay, que tan grande bien no es cosa cierta!»

Yo atónito de tal acaecimiento,
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el misero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento
Por ser revuelto el tiempo y limitado
Dije: «Amigos, adios, y lo que puedo
Que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo que salió lijero;
Pero aunque mas los indios me den priesa
Quiero, señor, que aquí sepais primero,
Cómo á la entrada de la selva espesa
Cariolán vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Después de haber andado todo el día
En busca de enemigos desmandados;
Mas ya que á nuestro asiento me volvía
Con diez prisiones bárbaros atados,
A la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente
Pensando que alas le prestase el miedo,
Pero con gran desprecio y alta frente,
Apercibiendo el arco estuvo quedo;
Llegando pues á tiro diestramente
Hirió á Francisco Osorio y á Acevedo,
Arrancando una daga desenvuelto,
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanto el arte
Del temerario bárbaro araucano,
Que no fué el gran tropel de gente parte
A que dejase un solo paso el llano:
Que saltando de aquella y desta parte
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del mando y daga rebatidos.

Yo que ver tal batalla no quisiera,
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo: «Afuera,
Caballeros, afuera, haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera,
Antes merece ser remunerado;
Y darle así la muerte ya sería
No esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron, conociendo
Cuán mal el acto infame les estaba;
Solo el indio no cesa, pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba:
Al fin la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesía le obligaba,
Revuelto á mí me dijo: «Qué te importa
Que sea mi vida larga, ó que sea corta?»

»Pero de mí será reconocida
La obra pia y voluntad humana:
Pia por la intencion, pero entendida
Se puede decir impia y inhumana:
Que quien ha de vivir misera vida
No le puede estar mal muerte temprana;
Así que en no matarme como digo
Crüel misericordia usas conmigo.

»Mas porque no me digan que ya niego
Haber de tí la vida recibido,
Me pongo en tu poder y así me entrego
A mi fortuna misera rendido.»
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
De las armas y voces resonaban;
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá socorro demandaban,
Era la senda estrecha, y no pudiendo
Ir atrás ni adelante, reparaban,
Que el bagaje la chusma, y el ganado
Tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Purén derecho
Acia la entrada y paso del estado,
Después ya en forma oblica largo trecho,
De dos ásperos cerros apretado;
Y vienen á ceñirle en tanto estrecho,
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aun mas angosta aquella via
Un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
Revueltos unos y otros voceando,
Andaban en confuso remolino
La tempestad de tiros reparando:
No basta de la pasta el temple fino,
Grevas, petos, ccladas abollando,
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
Sin poder en las sillas sostenerse;
Otros cual rana ó sapo aporreados
No pueden, aunque quieren, removerse;
Otros á gatas, otros derrengados
Arrastrando procuran acogerse
A algun reparo ó hueco de la senda,
Que de aquel torbellino los defienda.

Que en este paso estrecho el enemigo,
La gente y municion en orden puesta,
Tenia á nuestros soldados como digo
De ventaja las piedras y la cuesta;
Donde puedo afirmar como testigo,
Que era la lluvia tan espesa y presta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
De espesas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruinar el suelo
De rayos, piedra y tempestad cargado;
Las aves mata en medio de su vuelo;
La gente, bestias, fieras y ganado
Buscan corriendo acá y allá perdidas
Los reparos, defensas y guaridas:

Así los españoles, constreñidos
De aquel granizo y tempestad furiosa,
Buscan por todas partes mal heridos
Algun árbol ó peña cavernosa,
Do reparados algo y defendidos,
Con la virtud antigua generosa
Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza
A la victoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada
Las apuntadas miras asestando,
Les comienzan á dar una rociada,
Muchos en poco tiempo derribando;
Ya por la áspera cuesta desrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando
Con un furor terrible y tan estraño,
Que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entre tanto
Que en esta estrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto,
Donde mayores voces resonaban,
Se habian los indios desmandado tanto,
Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
Haciendo grande riza y sacrificio
En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
Sube lijeramente á la alta cumbre;
Quién de pataca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre:
Del alto y bajo, de uno y otro lado
Al saco acude allí la muchedumbre,
Cual banda de palomas al verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurría,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion habia:
Y así, rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué do estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados;

Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida,
Que ganada la cumbre de la sierra
La victoria era nuestra conocida,
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego, resueltos á morir de hecho,
 Todos los once juntos de cuadrilla
 Los caballos lanzamos al repecho,
 Cada cual solevado alto en la silla;
 Y aunque el fragoso cerro era derecho,
 Por la tendida y áspera cuchilla
 Llegamos á la cumbre deseada,
 De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
 Que ya allí los caballos no prestaban,
 Que llenos de sudor, faltos de aliento
 No pudiendo moverse, ijadeaban:
 Donde sin dilacion ni impedimento
 Al lado que los indios mas cargaban,
 En un derecho y gran derrumbadero
 Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
 De arcabuces y piedras que os prometo,
 Que aunque llevó de golpe mucha gente
 Hizo el súbito miedo mas efeto:
 Y así remolinando torpemente,
 Les pareció, según el grande aprieto,
 Moverse en contra dellos cielo y tierra
 Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
 En nuestra ayuda algunos arribaron,
 Que deseosos de áspera venganza
 El daño y miedo en ellos aumentaron:
 Tanto, que ya perdida la esperanza
 A retirarse algunos comenzaron,
 Poniendo prestos piés en la huida,
 Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
 Cargado de fardel ó saco guía;
 Cuál por lo mas espeso de la cuesta
 Arrastrando el ganado se metia;
 Cuál con hambre y codicia deshonesta
 Por solo llevar mas se detenia,
 Costando á mas de diez allí la vida
 La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
 Saqueados en parte y vencedores,
 La victoria y honor solemnizando
 Con trompetas, clarines y atambores:
 Al rumor de las cuales caminando
 Con buena guardia y diestros corredores,
 Llegamos al real todos heridos,
 Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
 Por un áspero risco y monte espeso
 Se fueron á gran paso consolados
 Con el sabroso robo del suceso;
 Y adonde estaba el general llegados,
 Que sabido el desorden y el esceso
 Que rindió la victoria al enemigo,
 Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
 Del destrozado campo el remanente,
 A consultar las cosas del estado
 Llamó á la principal y digna gente:
 Donde después de haber allí tratado
 De lo mas importante y conveniente,
 Les dijo libremente todo cuanto
 Podrá ver quien leyere el otro canto.



CANTO XXIX

Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
 El amor de la patria, pues hallamos
 Que en razon nos obliga y necesita
 A que todo por él lo pospongamos!
 Cualquier peligro y muerte facilita:
 Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
 Cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
 Y como á mas parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido
 Las hazañas de antiguos señaladas,
 Que por la cara patria han convertido
 En sus mismas entrañas las espadas;
 Y su gloriosa fama han estendido
 Las plumas de escritores celebradas,
 Mario, Cassio, Filon, Cosdro ateniense,
 Régulo, Agésilao y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
 Esta araucana gente, que con tanta
 Muestra de su valor y ánimo ofrece
 Por la patria al cuchillo la garganta,
 Y en el firme proposito parece
 Que ni rigor del hado, y toda cuanta
 Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
 En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
 Cuatro grandes batallas de importancia,
 No con ánimo triste ni abatido,
 Mas con valor grandísimo y constancia,
 Estaban, como atrás habeis oido,
 En consejo de guerra, haciendo instancia
 En darnos otro asalto; mas la mano
 Tomó diciendo así Caupolicano: